

## SEXO, POLÍTICA Y RELIGIÓN: EL DESORDENADO PODER DEL EMPERADOR HELIOGÁBALO

Rafael Urías Martínez

*Rafael Urías Martínez es licenciado en Filología Clásica y en Geografía e Historia, especialidad por la que alcanzó el grado de Doctor en el año 2006. Desde el año 1993 es profesor de Enseñanza secundaria, primero en la especialidad de Griego clásico, y después en la de Geografía e Historia. En la actualidad, se encuentra destinado en el IES Rodrigo Caro, de Coria del Río.*

*Desde 1992 ha estado trabajando en la investigación sobre el mundo antiguo, inicialmente en el ámbito de la Universidad de Sevilla y desde el año 2001 en el Área de Historia Antigua de la Universidad Pablo de Olavide, en calidad de colaborador honorario. Como tal, impartió en la citada Universidad las asignaturas de libre configuración Griego I y Griego II durante los cursos 2002-03, 2003-04 y 2004-05. En el año 2006 presentó en la Universidad Pablo de Olavide de la Tesis doctoral titulada El sofista en la ciudad: Educación y poder en el Mediterráneo oriental durante el Alto Imperio Romano*

*Entre otras, ha publicado el libro Alcolea del Río: Historia de una población del Guadalquivir desde sus orígenes hasta el s. XIX, Sevilla, 1995, y la obra conjunta Del Coliseo al Vaticano. Claves del Cristianismo primitivo, Sevilla, Fundación Lara, 2005.*

A principios del siglo III Roma vivió durante casi cuatro años (tres años, nueve meses y cuatro días, entre Junio del 218 y marzo del 222) un período singular. Es el espacio que corresponde al reinado de Marco Aurelio Antonino, emperador conocido por deformación tardía como Heliogábalo. La singularidad del momento es reflejo fiel de la personalidad especial del gobernante. Extraño y hostil para sus contemporáneos, la figura este joven emperador y sacerdote de 14 años, de belleza muy especial y al parecer turbadora, ha tenido mayor fortuna con el tiempo.

Es fácil dejarse seducir por este príncipe atípico. Buen ejemplo de ello es la obra que en 1934 le dedica Antonin Artaud (*Héliogabale ou l'anarchiste couronné*, París Gallimard 1934). El inquieto escritor francés vio en Heliogábalo el modelo del anti-gobernante, el transgresor por excelencia que desde la misma cúpula del poder se empeña en quebrar sus bases; símbolo de la ruptura del orden moral, social, político, religioso, cargado con los mayores y peores vicios.

También se ha sentido atraído por la personalidad del joven seductor otro escritor, de carácter bien diferente al anterior. M. Mújica Láinez (Cecil, Madrid 1990) es fascinado por lo extraño de este joven que «invadió Roma con la magia y brujería de Oriente». En realidad el argentino aprecia todo lo nuevo, extraño, exótico, que el sirio representa en la latina Roma; por ello, más que al análisis se dirige a la narración minuciosa de las barbaridades (eso sí, de profunda carga poética) que nos transmiten las fuentes. Es la admiración romántica por un personaje que fue en contra de su contexto desde una posición tan especial como la cabeza del Imperio.

Esta reciente valoración positiva que hace a Heliogábalo símbolo de valores como la rebeldía y la libertad no se corresponde en absoluto con la imagen que nos ofrecen las fuentes.

Tres son los principales autores que nos ofrecen un relato del reinado de Heliogábalo.

En la *Historia Augusta* (HA) encontramos bajo el nombre de Elio Lampridio un capítulo compuesto a finales del s. IV, principios del V. Es un relato principalmente escandaloso, casi pornográfico, al que la crítica moderna no cree que se le deba dar demasiada credibilidad. Está dividida la historia en dos grandes secciones: una primera es la descripción narrativa del reino, que ofrece algunos visos de verosimilitud; la segunda tiene un carácter mucho más sensacionalista, con fuerte influencia de Suetonio.

En segundo lugar esta el capítulo correspondiente a Heliogábalo dentro de la *Historia de Roma* de Casio Dion. En apariencia este relato es más serio que la fuente anterior. Y sin embargo, de toda la obra del historiador romano, este es el libro que más lugar ofrece para lo puramente escandaloso, obsceno; en realidad lo que aquí hace es sólo un estudio de carácter a base de anécdotas.

Finalmente, está la que parece ser aceptada como fuente más objetiva: se trata del fragmento correspondiente de la obra de Herodiano (V 3-8). Es la única de las fuentes que se limita a exponer (aun criticándola) la política religiosa de Heliogábalo, sin entrar en las escandalosas y detalladas anécdotas que caracterizan a los otros dos autores antes citados.

Veamos a continuación qué sabemos en realidad del personaje. Heliogábalo viene a Roma desde la siria Emesa. Allí era sacerdote del dios solar Elagabal, simbolizado en un betilo negro de forma fálica. Desde el principio es preciso tomar en cuenta que Heliogábalo, en todo momento, se consideró sacerdote antes que emperador. Por ello fue natural que se llevara su culto a Roma.

Desde un primer momento intenta dar una buena impresión a aquellos que sabe que lo esperan en Roma: concede la condonación de algunos impuestos, distribuye largamente dinero al pueblo y los soldados, se abstiene de tomar venganza contra los aduladores de sus adversarios, según era la costumbre. Incluso envía a Roma un retrato suyo vestido de sacerdote y manda que sea colocado en el senado, para que los senadores fueran acostumbrándose a su exótico atavío. Pero una vez que tras un viaje de casi un año llega a Roma las radicales reformas, principalmente de orden religioso, que trae consigo no pueden menos que impactar con dureza a las personas de orden, aun dominadas por el ideal del *mos maiorum*. Heliogábalo implanta un orden religioso de hondas raíces orientales en el lugar más alto del estado romano. No sólo trae el culto de su dios, sino que además lo coloca a la cabeza del panteón existente, por encima incluso de Júpiter Capitolino. Crea además una nueva tríada para su dios, en la que se integraría Atena-Allath y Caelestis (Afrodita Urania); con ella pretende sustituir a la preexistente capitolina. Lo fundamental, en suma, es la nueva relación que implanta en el panteón: hay un dios supremo al que están subordinados jerárquicamente todos los otros. Esta estricta subordinación de todos los dioses a uno principal (conocida con el nombre técnico de henoteísmo) no existía en la vieja religión olímpica.

Son obvias las derivaciones en el orden político que se pueden extraer de este planteamiento espiritual, en una Roma donde el poder personal del emperador siempre estuvo en cuestión frente a las aristocracias dominantes del Senado. No está claro que ésta fuera la intención de Heliogábalo, pero en todo caso es muy

probable que los senadores romanos sí vieran una amenaza política.

Además los romanos, que desde el principio no aceptaron de muy buen grado al joven emperador impuesto por el ejército, encuentran pronto razones que justifican su rechazo primero: Heliogábalo no acepta vestir la toga romana, demasiado ruda para su cuerpo acostumbrado a la seda, asume sus títulos sin esperar a que fueran ratificados por el senado, se presenta en público “vestido como una mujer” para ejecutar “ritos bárbaros”, rebaja la dignidad imperial no teniendo problema en ejercer de confitero, perfumero, tabernero, tendero, alcahuete, e incluso de prostituta como veremos; subvierte el orden social promocionando gente al margen de los cauces usuales (el *cursus honorum*), a la vez que llama a los senadores “esclavos togados”; ¡incluso se atreve a introducir una mujer en el senado!. Todo ello revela no sólo un total desconocimiento de la realidad romana, sino una inmensa falta de tacto, que incluso su tía abuela Mamea le reprochará.

Es este el origen del pésimo tratamiento de la figura de Heliogábalo que ofrecen las fuentes. Evidentemente este emperador fue un trasgresor en múltiples materias (social, política, religiosa) a los ojos de los romanos. Y quien rompe las normas en algún campo también se supone capaz de romperlas en todos los demás, como especifica Dion Casio en su discurso de Mecenas. Por tanto cualquier actuación fuera del orden que se le atribuya a un personaje transgresor será aceptada y creída.

Es aquí donde entra el insulto sexual como instrumento óptimo para el descrédito de un personaje en la literatura antigua. Todos aquellos que contravienen la norma en algún aspecto, sea éste cual sea, inmediatamente son atacados con supuestos comportamientos irregulares en el ámbito sexual, que no tendrán ningún problema en ser aceptados por los lectores. Es la manera más fácil de agredir y difamar a alguien. También con fines educativos el vituperio sexual presenta una clara utilidad: cuando el lector conoce las supuestas barbaridades sexuales que un personaje dado comete, sabe inmediatamente que quien ha roto las normas morales más primarias no tendrá ningún obstáculo en violar todas las demás reglas del comportamiento humano. A partir de este punto toda la conducta posterior de este personaje queda invalidada.

De acuerdo con esto, son muy numerosos en la literatura antigua los casos en que el oponente o antagonista es presentado como homosexual, afeminado o simplemente como alguien de extrema incontinencia. Así los “malos emperadores” siempre aparecen en las fuentes con un irregular comportamiento sexual: es el caso de Tiberio, Calígula, Nerón, etc. No sólo es ésta la crítica preferida para los emperadores: Luciano emplea con frecuencia el vituperio de orden sexual para descalificar a sus adversarios en el campo de la retórica o a sus enemigos en general. También los autores cristianos contemporáneos hacen de la crítica de índole sexual el argumento favorito de sus ataques a opositores o desviacionistas: así, tanto Ireneo de Lyon como Hipólito de Roma hacen gala de un buen arsenal de imputaciones de conducta procaz, usadas sin medida contra los valentinianos, contra el incontinente Simón el Mago, contra el insaciable Carpócrates y sus discípulos, y en general contra cualquier otro que fuera su enemigo.

Este es el contexto en el que debe ser entendida la nutrida presencia del elemento sexual en la amplia crítica que sufre Heliogábalo. También la incomprensión de los rituales orientales por parte de los romanos colabora a que en este caso el elemento sexual del insulto esté especialmente magnificado: el

emperador es caracterizado como “un ser que absorbía placer por todas las cavidades de su cuerpo”, para quien “la cosa más importante de la vida consiste en poder y saber satisfacer el mayor número posible de placeres y vicios”.

Veamos a continuación algunas de las irregularidades que se le achacan, en ocasiones de muy elevado tono.

Ya hemos mencionado la promoción que hace Heliogábalo de personas de baja calidad para puestos de responsabilidad: según las fuentes el único mérito de estos elementos era el tamaño y peso de sus órganos genitales, así como la habilidad para usarlos.

Se dice que puso un puesto público de prostitutas dentro del palacio, en una tienda tras cuyas cortinas invitaba con voz ronca e insinuante a los pasantes, “ofreciéndose desnudo en la puerta”. También iba de taberna en taberna ejerciendo el mismo oficio, discutiendo luego con sus íntimos y émulos quien había obtenido más dinero y placer. En otra ocasión reunió una asamblea de prostitutas para discutir los particulares del oficio: posturas, trucos, etc., presentándose oportunamente vestido de mujer.

Se insiste en la homosexualidad del emperador (a pesar de que éste no desdeñaba las compañías femeninas; en realidad no desdeñaba nada que le pudiera producir placer). Numerosos son los ejemplos: se dice que abrió las termas de Plauciano al público sólo para así ver a todos los romanos desnudos, que le gustaba hacerse llamar emperatriz, que se casó con sus favoritos a los que llamaba esposos. Abundan las historias pasionales entre los «esposos» celosos. Incluso manda buscar a los «de pene de asno» por toda la ciudad. Representa en público espectáculos desempeñando papeles femeninos: así, toma el papel de Venus en una procaz representación del Juicio de Paris, pantomima muy usual en época antonina, que en este caso, como no podía ser menos, termina con el desnudo integral del emperador ante su pueblo. Finalmente termina por pedirle a los médicos que le instalen una vagina, no por voluntad de cambiar de sexo, sino para poder experimentar placer de manera simultánea tanto masculina como femeninamente.

En suma, se observa claramente cómo las fuentes, todas ellas procedentes de la aristocracia senatorial, estigmatizan a un personaje que, como era de esperar, no tardó en ser asesinado. La respuesta de una oligarquía dominante celosa de sus parcelas de poder ante unas conductas de origen oriental, incomprensibles y quizás muestra de un intento por concentrar poder en la figura imperial, conductas que sin embargo desde la óptica romana prefiero definir de la manera tajante que nos proporciona Herodiano: “actividades vergonzosas e impropias de un emperador, que hicieron que «todo lo que antes era considerado respetable fuera a parar a un estado de desenfrenado delirio” (V 8.1).